

abría mis libros favoritos y la hallaba de nuevo en la cima de los Alpes con Manfredo, en casa del profesor Spalanzani con Nathanael, en los cielos con Oberón.

¡Horrible condenación! aparece el rival que va á casarse con Cora. Jorge piensa en la muerte, pero sin incurrir en excesos.

Son altamente magnánimos los que hunden la navaja de afeitar hasta la arteria carótida ó agotan hasta el fondo la copa del veneno. (¡Digo la copa porque no es bien visto y hasta sería imposible envenenarse con un vaso que lleve otro nombre cualquiera!)

Enfermedad, convalecencia. El padre de Cora, ya casada, el tendero invita á Jorge á que vaya á sentarse á tomar el aire á la puerta de su tienda. Le deja solo con su hija alegando para justificarse: que ya está casada... y además estando él tan pálido y débil... la escena es exquisita y tiene cierto sello imprevisto bajo la pluma de Jorge Sand:

Salió... Me quedé de nuevo solo con Cora, la cual tenía que tratar conmigo de un asunto delicado: iba á confiarme tal vez un secreto, un dolor de su corazón, una desgracia de su destino. ¡Oh! seguramente había un misterio grande y profundo en la vida de aquella muchacha tan melancólica y tan bella. Su existencia no podía parecerse á la de los demás seres. El cielo no le había concedido una belleza tan maravillosa sino para hacérsela expiar con tesoros de dolor. En fin, decía para mí, va á confiármelos y tal vez podré tomar parte en ellos para consolarla. Permaneció un momento confusa en mi presencia. Después rebuscó en el bolsillo de su delantal de tafetán negro y sacó un papel doblado. — «En verdad, caballero, dijo, se trata de muy poca cosa; no sé por qué me ha confiado mi padre la misión de decíroslo; debería saber que un hombre de ingenio como vos no se ofende por una petición muy natural... Á no ser por todo lo que acaba de decir, no me sentiría embarazada, pero...» — «¡Acabad en nombre del cielo! exclamé con ardor. ¡Oh! Cora, si conociérais mi corazón, no vacilaríais un momento en descubrirme el vuestro.» — «Pues bien, caballero, dijo Cora conmovida, he aquí de qué se trata. Desdobló el papel y me lo presentó. Le eché una ojeada, pero mi vista estaba turbada, mi mano temblorosa, y tuve que recobrar aliento antes de poder comprender. Al fin leí: «El Sr. Jorge debe al Sr. tendero droguista, por objetos de consumo suministrados durante su enfermedad:

12 libras de azúcar moreno para jarabes y tisanas...	
Jabón suministrado á la enfermera.....	
Velas.....	
Centáurea febrífuga, etc., etc.....	
Total.....	30 fr. 50

Recibido. CORA.

Volvió á ver á Cora y su amor se hizo oír. Confiando en las leyes científicas de la fuerza de atracción:

Mi corazón volaba hacia ella, y codiciaba el suyo con un poder de atrac-

ción cuya potencia no podía menos de sentir. Quedéme dormido en medio de este dulce sueño. ¿Por qué no me habría de amar Cora? ¡La amaba yo tan desesperadamente! Todas mis facultades intelectuales se concentraban para producir una fuerza de deseo y de ansia que se cernía imperiosamente sobre Cora. Su alma, formada del más hermoso rayo de la divinidad, no era posible que permaneciese inerte bajo el vuelo magnético de este ardiente pensamiento. No quise creerlo, y sentí mi corazón tan puro y mis deseos tan castos que ya no temí ofender á Cora revelándoselos. Entonces le hablé esa lengua de los cielos que sólo pueden oír las almas poéticas. Le expresé las torturas inefables y los divinos sufrimientos del amor. Le refería mis sueños, mis ilusiones, los millares de poemas y de versos alejandrinos que había hecho para ella. Tuve la dicha de verla atenta y subyugada, soltar su libro é inclinarse hacia mí como animada del vivo deseo de oírme, porque mis palabras tenían un sentido nuevo para ella y hacía penetrar en su espíritu un orden de pensamientos sublimes que nunca se había atrevido aún á sondear.

— ¡Oh! Cora mía! le decía ¿qué podrías tú temer de una llama tan pura? El relámpago que se enciende en los cielos no es de naturaleza más sutil que el fuego en que me consumo con delicia. Sólo quiero la parte etérea de tu alma, sólo deseo estrechar y poseer tu aspiración ardiente hacia el cielo, á fin de ser tu cielo y tu alma del mismo modo que tú eres mi Dios y mi vida.

Cora va sintiendo cada vez más miedo. Los bomberos se precipitan sobre Jorge, le sujetan y le llevan á una casa de locos. No es posible burlarse más agradablemente de sí misma, de las exaltaciones románticas de las influencias ocultas, de las teorías atractivas y de la moda literaria á que había rendido culto Jorge Sand. La había seguido con una docilidad tanto más ferviente cuanto que hallaba en ella la satisfacción de sus instintos artísticos. No le desagradó la inverosimilitud y hasta la consideró como una condición del arte. Así lo explica en la introducción del *Compagnon du tour de France*:

¿Desde cuándo se ha convertido forzosamente la novela en la pintura de lo que es y de la fría y dura realidad de los hombres y de las cosas contemporáneas? Así es tal vez, lo sé, y Balzac, un maestro ante cuyo talento me he inclinado siempre, ha hecho la *Comedia humana*. Pero, sin dejar de profesar la más viva amistad á ese hombre ilustre, veía las cosas humanas bajo otro aspecto muy diferente y recuerdo haberle dicho: hacéis la *Comedia humana*. Este título es modesto, pues podríais también decir el drama, la tragedia humana. — Sí, sí, me respondió, y vos hacéis la epopeya humana. Ese título, repuse, sería en esta ocasión demasiado elevado; pero desearía hacer la égloga humana, el poema y la novela humanos. En suma, vos pretendéis y sabéis pintar al hombre tal como es á vuestros ojos, lo concedo. Yo me siento inclinada á pintarle tal como deseo que sea, y como no nos hacíamos competencia, no tardamos en reconocer nuestro mutuo derecho.

Tuvo acerca del matrimonio una concepción vaga. Parecíale fatal que una esposa detestase á su marido «desde el momento que no lo ha

escogido». Su marido no pudo vivir con ella. El proceso de divorcio recordó el proceso de Sófoles.

Su marido acusaba á su mujer de inmoralidad, la misma acusación que los críticos literarios debían dirigir á sus novelas. Su abogado, Michel de Bourges leyó páginas de sus obras y las hizo aplaudir.

Los hombres pagaron estos primeros disgustos conyugales y Jorge Sand denunció su egoísmo, al que propuso como modelos su ideal, Sir. Ralph, Jacobo, Don Aleo, de *Leone Leoni*; á Max, del *Secretario íntimo*; á Palmer en *Ella y Él*; á Silvestre, en el *Último Amor*, que opone á los tipos que ella había conocido, Karol (Chopin), en *Lucrezia Floriani* ó á Laurent (Musset) en *Ella y Él*, presentados con más vigor porque eran tipos copiados de la realidad.

Ya se notaba un elemento revolucionario en el calor ardiente de sus primeros libros, en que sólo tiene en cuenta la vida interior, que lucha con el mundo eterno y está en contradicción con él. Pone en tela de juicio á los maridos y hasta el matrimonio; el adulterio resulta idealizado. Ella evoluciona en esferas superiores, fundadas en aspiraciones ó esperanzas y que carecen de realidad. Los realistas no la han comprendido ni la han hallado de su gusto.

No podría expresar el efecto que me producen semejantes figuras; me desconciertan y me sorprenden como si hubiesen hecho la apuesta de andar cabeza abajo y con los pies en el aire. No comprendo nada de sus lamentaciones ni de sus eternas amarguras. ¿De qué se quejan? ¿Qué quieren? Toman la vida al revés. (E. ZOLA.)

Ella tiende á regenerar al hombre:

Creemos que la misión del arte es una misión de sentimiento y de amor, que la novela de hoy debería reemplazar á la parábola y al apólogo de los tiempos cándidos... Debería tener por fin hacer amar los objetos de su solicitud y, en caso de necesidad, no le reprocharía el que los embelleciese algo. El arte no es un estudio de la realidad positiva; es una investigación de la verdad ideal.

Jorge Sand se cierne en pleno idealismo, por encima de las convenciones sociales y de las leyes morales que atropella con el extremo de sus alas. *Lucrezia Floriani* es una joven para el mundo y un ángel para Jorge Sand, que la ha adornado con sus plumas.

Sus enredos amorosos fueron múltiples, y me bastará con citar algunos nombres: Jules Sandeau, A. de Musset, Pagello, Michel de Bourges, F. Rollinat, Chopin, J. Neraud, Liszt, y Meyerbeer. Sintió su rompimiento con Musset, y escribió á Rollinat en 1835:

Escucha una historia y llora. Había un excelente artista, llamado Watelet, que grababa al agua fuerte mejor que ningún hombre de su época. Amó á

Margarita Le Comte y le enseñó á grabar al agua fuerte tan bien como él. Ella abandonó á su marido, sus bienes, y su país para ir á vivir con Watelet. El mundo los maldijo; después, como eran pobres y modestos, los olvidaron. Cuarenta años más tarde, descubrieron en los alrededores de París, en una casita llamada Moulin-Joli á un anciano que grababa al agua fuerte y á una anciana á quien él llamaba su molinera y que grababa también sentada á la misma mesa. El primer ocioso que descubrió esta maravilla la anunció á los demás y el mundo elegante acudió á Moulin-Joli para ver el fenómeno. Un amor de cuarenta años, un trabajo siempre asiduo, y siempre amado; dos hermosos talentos gemelos... Esto hizo época y la maravillosa se pareja tuvo sus aduladores, sus amigos, sus poetas y sus admiradores. Felizmente la pareja murió de vejez pocos días después, pues de otra suerte, el mundo lo hubiera echado todo á perder. El último dibujo que grabaron representaba el Moulin-Joli, la casa de Margarita. Se halla en un cuadro en mi cuarto, encima de un retrato cuyo original no conoce nadie aquí. Durante un año, el ser que me ha legado este retrato, se sentó conmigo todas las noches á una mesita y vivió del mismo trabajo que yo... Al rayar el día nos consultábamos acerca de nuestra obra, cenábamos en la misma mesita, al mismo tiempo que hablábamos de arte, de sentimiento y de porvenir. El porvenir no nos ha cumplido su palabra. ¡Ruega por mí, oh Margarita Le Comte!

Esto equivalía á confesar su debilidad. La mujer, según se ha dicho, es como la vid: embriaga y necesita apoyo.

Yo sólo soy á propósito para ejecutar honrada y fielmente una orden. Puedo obrar y no deliberar, porque no sé nada, ni estoy segura de nada. No puedo obedecer sino cerrando los ojos y tapándome los oídos, á fin de no ver nada y de no oír nada que pueda disuadirme; puedo caminar con mis amigos, como el perro que ve á su amo partir en un barco y se echa al agua para seguirle hasta que muere de fatiga. ¡El mar es grande, oh, amigos míos, y yo soy débil! No sirvo sino para soldado, y no tengo cinco pies de estatura.

Sus amores pertenecen á la historia, porque han contribuido á formar su genio. Buscó siempre un maestro y no lo halló, ni en Jules Sandeau, ni en Mérimée, ni en Musset, ni en Michel de Bourges, ni en Pierre Leroux, el filósofo humanitario, ni en Chopin. Pero á cada una de sus tentativas corresponde una obra que fué reflejo de ella.

Hay que hablar de los amantes de Venecia. Han dado tanto que hablar que forman parte de la historia literaria. Jorge Sand y Alfredo de Musset han escrito esta novela en colaboración por medio de cartas destinadas á la publicidad, para servir de continuación á la *Noche de octubre*, á *Ella y Él*, á *El y Ella*, á *Él*, á la *Confesión de un hijo del siglo*, á la *Historia de mi vida*, á las *Cartas de un viajero*, esto es á todos los libros que habían llenado con su vulgar aventura. Después

1. *Ella y Él* por Jorge Sand (1839). Clave: Srta. Teresa Jacques, Jorge Sand; Lorenzo de Fauvel, Alfredo de Musset; Dick Palmer, Pagello; el Sr. de Vêrac, Alfred Tattet; el conde de D., el barón Dudevant; Vicentino, Antonio; un niño, Mauricio Sand.

de su ruptura, cada uno hizo su paquetito de cartas lo selló y lo confió á un amigo seguro, recomendándole que no lo publicase hasta más tarde¹.

Bastan los documentos que actualmente poseemos para resolver acerca de la aventura. Ésta nos hace ver por parte de Alfredo de Musset una fidelidad singularmente tenaz y tumultuosa y por parte de Jorge Sand una infidelidad, por decirlo así, cariñosa é involuntaria, que procura curar con dulzura, pero sin esperanza de retorno, la herida por ella causada. Pero veamos los hechos.

Os he dicho á propósito de Alfredo de Musset como conoció á Jorge Sand. Ambos colaboraban en la *Revue des Deux Mondes*. Musset hablaba por primera vez de Jorge Sand en una pieza titulada *le Songe du reviewer*:

George Sand est abbessé
Dans un couvent lointain².

Después le dirigió, á propósito de *Indiana*, el 24 de junio de 1833, uno versos acompañados de una carta ceremoniosa. Sucédense las visitas y las cartas. Como Musset padecía del estómago, ella le aconsejó un remedio por el que le dió él las gracias respetuosamente: «Vuestra amable carta ha causado gran placer, señora, á una especie de idiota envuelto en franela como una espada de burgomaestre.»

En las cartas siguientes, el tono se hace familiar. Musset le escribe:

No miréis demasiado á la luna, os lo suplico, y no muráis antes de que hayamos ejecutado el hermoso proyecto de viaje de que hemos hablado. Ya veis qué egoísta soy. Decís que habéis estado á punto de iros al otro mundo y yo no sé en verdad que es lo que hago en éste.

Vuestro de corazón.

Á propósito de *Lelia*, que fué uno de los primeros en leer, le dirige estas frases:

Atormentábase mi pequeño cerebro por saber lo que esto era. No podía ser mediocre, pero... En fin, podía ser esto otras muchas cosas antes de ser lo que es.

... Hay en *Lelia* veintenas de páginas que hablan directamente al corazón, con franqueza y vigor, tan hermosas como las de René y de Lara.

Ya sois Jorge Sand; de otra suerte hubierais sido la Sra. Fulana que hace

1. Véase los trabajos de Maurice Clouard, Paul Mariéton, Spoelberg de Lovenjoud, A. Lombroso, doctor Cabanés, Léon Séché y A. Barine. En 1910 se publicaron otros documentos. No es este el lugar á propósito para resolver las cuestiones suscitadas por la crítica después de la reciente publicación de tantas cartas inéditas. Lo indico solamente para establecer los límites del debate. Aquellos á quienes les interese hallarán las defensas en los libros que he citado. Pueden negarse los hechos que resultan en contra de Jorge Sand, pero hay una presunción moral (si se me permite la frase), en favor de la infidelidad.

2. Jorge Sand es abadesa
En un convento lejano.

libros. He aquí un cumplido insolente, pero no me sería posible dirigiros otros. El público lo hará. Yo puedo ser — si me juzgáis digno de ello — no vuestro amigo, pues es demasiado moral para mí, sino una especie de camarada sin consecuencia y sin derechos, por consiguiente sin celos y sin riñas, capaz de fumar vuestro tabaco, de arrugar vuestros peñadores y de coger romadizos filosofando con vos bajo los castaños de la Europa moderna. Si, en este concepto, cuando no tengáis nada que hacer, os sentís con ganas de hacer una tontería (¡qué cortés soy!) queréis consagrarme una hora ó una velada, en lugar de ir ese día á casa de la Sra. Fulana que hace libros, me entenderé con vos, mi querido Señor Jorge Sand, que sois en adelante para mí un hombre de genio. Perdonadme que os lo diga cara á cara: no tengo ninguna razón para mentir.

La correspondencia se iba haciendo cada vez más tierna:

Amad á los que saben amar, yo no sé sino sufrir. Hay días en que me mata, pero lloro ó suelto la carcajada; sin embargo no me sucede eso hoy. Adiós Jorge; os amo como un niño.

El 4.º de agosto es feliz y canta:

Te voilà revenu dans mes nuits étoilées,
Bel ange aux yeux d'azur, aux paupières voilées,
Amour, mon bien suprême et que j'avais perdu!

Le entrega documentos, hace su retrato y el amor toma cartas en el asunto. Un mes después, el 25 de agosto de 1833, confiaba ella á Sainte-Beuve la gran noticia:

Me he enamorado, y esta vez muy seriamente, de Alfred de Musset. No se trata ahora de un capricho, sino de un afecto profundo... Muchos caprichos han cruzado por mi cerebro, pero mi corazón no se hallaba tan interesado que llegase á asustarme; lo digo ahora porque lo siento.

Lo he sentido cuando amé á P. M. (Prospero Mérimée). El me rechazó y tuve que curar pronto. Pero ahora, muy lejos de verme afligida y desconocida, halló un candor, una lealtad y una ternura que me embriagan. Es un amor de joven y una amistad de camarada. Es algo de que no tenía yo idea, que no creía encontrar en ninguna parte y sobre todo allí... He negado este afecto, lo he rechazado, en un principio y al fin me he rendido por amistad más que por amor, pero el amor que yo no conocía se me ha revelado².

Despidió al crítico Gustavo Planche, y Musset rompió sus relaciones de dos años con la Sra. Groisellier. Vivieron juntos. Pasaron una temporada en Fontainebleau, visitaron á Franchard, donde Musset tuvo

1. Nuevamente iluminas mis noches estrelladas
Ángel de azules ojos y pupilas veladas
Amor, mi bien supremo que perdido creía.

2. Es verdaderamente extraña esta falta de pudor que impulsaba á aquella especie de Mesalina literaria á dar cuenta de sus *denanceos* al autor de los *Lunes*. (N. del T.)

alucinaciones y el invierno siguiente partieron para Italia jugando á cara ó cruz el nombre de la ciudad á donde habían de ir, y de esta suerte llegaron á Venecia, donde Jorge Sand se enamoró del doctor Pagello que cuidó á Musset después del doctor Rebizzo. Musset se hacía insoportable con sus escenas. Sobrevino el rompimiento y Musset se marchó (29 de marzo de 1834). Ninguno de los dos mostró decisión y su correspondencia resultó inmediatamente incoherente. Musset se sintió de nuevo acometido de furiosos deseos; Jorge Sand conservó una ternura llena de emoción hacia su difícil amigo. Cambiaron dulzuras y frases agrídulces, se odiaron jurándose que se adoraban, continuaron amándose y huyendo uno de otro, mezclando con sus increíbles divagaciones el nombre y la imagen del más feliz de los tres¹. Jorge Sand escribe á Alfredo de Musset:

Pedro venía á verme y me cuidaba, tú no pensabas en mostrarme celoso y ciertamente yo no pensaba en amarle. Pero aun cuando le hubiera amado desde aquel momento y aun cuando hubiera sido suya ¿quieres decirme qué cuentas tenía que darte á ti que me llamabas el hastío personificado, la soñadora, la bestia, la religiosa y ¿qué sé yo? Me habías herido y ofendido y yo te lo había dicho también: «No nos amamos ya, no nos hemos amado.» ¡Pues bien! Ahora quieres que te cuente la historia día por día y hora por hora de mis relaciones con Pedro, y no te reconozco derecho para pedirme tal cosa. Me envilecería rebajándome á una confesión cual si se tratase de una mujer que te hubiese engañado. Admite todo lo que quieras para atormentarnos, yo sólo te responderé esto: «No he amado á Pedro desde el primer día...»

Otro día escribe:

Por otra parte ¿con qué derecho me preguntas acerca de Venecia? ¿Era yo tuya en Venecia? Desde el primer día, cuando me viste enferma ¿no te pusiste de mal humor diciendo que una mujer enferma era una cosa muy triste y muy fastidiosa? ¿Y no data desde el primer día nuestra ruptura? Hijo mío, yo no quiero andar con recriminaciones, pero es preciso que te acuerdes, tú que olvidas tan fácilmente los hechos. No quiero echarte en cara tus culpas, jamás te he dicho una palabra acerca de esto, jamás me he quejado de haber sido arrebatada á mis hijos, á mis amigos, á mi trabajo, á mis afectos y á mis deberes para ser conducida á trescientas leguas y abandonada con palabras tan ofensivas y tan desconsoladoras, sin más motivo que unas tercianas, ojerías, y la tristeza profunda que me causaba tu indiferencia.

Jamás me he quejado, te he ocultado mis lágrimas y te oí pronunciar estas horribles palabras cierta noche, que no puedo olvidar, en el casino Danieli: «Jorge, me habías engañado, perdóname, pero no te amo.» Si no hubiera estado enferma, si no hubiera tenido que cuidarme al día siguiente,

1. No hace mucho, los periodistas, que en todo se meten y todo lo inventan para saciar la sed de curiosidad, descubrieron que todavía vivía el Dr. Pagello y llenaron las páginas de los diarios franceses con los *interview* de este Tenorio trasnochado. (N. del T.)

hubiera partido, pero tú no tenías dinero, y yo no sabía si hubieras querido aceptar el mío ni quería ni podía dejarte solo en país extranjero, sin conocer la lengua y sin un cuarto. Quedó cerrada la puerta de comunicación entre nuestras habitaciones, y tratamos de reanudar nuestra vida de buenos camaradas, como en otro tiempo aquí, pero esto no era posible.

Esta mentalidad especial nos causa asombro. Si Jorge Sand amaba aún á Musset y no amaba á Pagello, esta divergencia pudo ponerse en claro sin tanto ruido. Pero ella confiesa su amor á Pagello y hubiera querido lograr el asentimiento de Musset. El papel del poeta fué resuelto: experimentó despecho, dolor, indignación ante una traición que no curó sino que irritó su amor celoso. El corazón femenino de Jorge Sand es insondable, quiere conservar la estima y la ternura de un hombre á quien ha herido pero que aún le interesa. Conserva hacia él, como más tarde hacia Chopin, un afecto casi maternal. En medio de su admiración de que Musset no acepte á Pagello, es decir su libertad á la que tiene derecho, hay siempre un fondo de ternura maternal en sus amores, se ha analizado en *Lucrezia*: «Hubiera querido ser la madre de sus amantes.» Multiplica sus cartas maternales, amorosas, suplicantes y tiernas, llenas de detalles familiares y en las que aparece con frecuencia la preocupación del dinero. Y siempre aparece Pagello, siendo el tercero en discordia, como si le convocasen para asistir á semejantes desahogos:

Adiós, adiós, ángel mío, Dios te proteja, te guíe, te traiga de nuevo un día aquí si estoy aún aquí. Adiós, pajarito mío. Ama siempre á tu pobre y viejo Jorge.

No te digo nada de Pagello, sino que lamenta tu ausencia casi tanto como yo y cuando le repito todo lo que me has encargado que le diga, se conduce como con su mujer ciega. Ha huído lleno de cólera y sollozando.

¿Amó Jorge Sand á Pagello? Ella misma lo ha confesado sin que le obliguen á ello. Tenemos sus cartas.

No creo que pudiera amar á otro ahora si dejase de amarte. Voy envejeciendo y mi corazón se agota, pero, de un día á otro, puedo tornarme de hielo para ti. ¡Cuidado, cuidado conmigo! Para conservar mi amor y mi estima hay que mantenerse muy cerca de la perfección...

... ¿Es mi corazón puro como el oro para exigir un amor irreprochable? ¡ay de mí! ¡He sufrido tanto y he buscado tanto esta perfección sin encontrarla! ¿Eres tú, al fin, Pedro mío, el que ha de realizar mi sueño? Lo creo, y hasta aquí, te veo grande como Dios. Pero no, mi corazón no está gastado. Es severo, desconfiado, variable, pero fuerte y apasionado...

Alfred Tattet la había denunciado á Musset, según parece. El 11 de julio, Musset, que había recibido una carta de Pagello, le respondió en términos tan amistosos que nos desconciertan:

AL MIO CARO PAGELLO,

Mi querido amigo, sois muy amable por haberme escrito algo; digo algo, porque no es gran cosa, pero por pequeño que sea el trozo de papel que me hable de vuestra amistad ¿en qué momento de mi vida no será bien recibido?

Al mismo tiempo llora á su amiga y experimenta crisis de amor:

Hace ocho días que partí y no te he escrito aún. Esperaba un momento de calma, pero ya no la hay para mí. Quería escribirte con dulzura y calma, en una mañana hermosa y darte gracias por el adiós que me has enviado. ¡Es tan bondadoso, tan triste y tan dulce, mi querida amiga! Tienes un corazón de ángel. Quería hablarte únicamente de mi amor. ¡Oh Jorge! ¡qué amor! ¡Jamás ha amado un hombre como yo te amo! Estoy perdido, ahogado, inundado en amor; no sé ya si vivo, si como, si ando, si respiro, si hablo; sé únicamente que amo.

¡Oh! si has sentido toda tu vida una sed de dicha inextinguible, si es una felicidad el ser amada, si alguna vez la has pedido al cielo, vida mía, mi bien, mi muy amada, contempla el sol, las flores, la verdura y el mundo.

Puedes estar segura de que eres amada tanto como Dios puede serlo por sus levitas, por sus amantes, por sus mártires. ¡Te amo! ¡carne de mi carne y sangre de mi sangre! ¡muero de amor, de un amor sin fin, sin nombre, desesperado, perdido! ¡Eres amada, adorada, idolatrada hasta la muerte! ¡Oh! ¡no curaré! No, no intentaré vivir, prefiero morir amándote, pues vale más que vivir. Me cuido muy poco del qué dirán. Dicen que tienes otro amante, lo sé y me causa la muerte, pero ¡amo, amo, y sigo amando! ¡Qué me impidan amar!

¿Qué voy á hacer yo, dime, acá ó allá? ¿Qué me importan todos esos árboles, todas esas montañas, todos esos alemanes que pasan sin comprenderme charlando en su algarabía? ¿Qué representa esta habitación de posada? Dicen que esto es hermoso, que la vida es encantadora y el paseo agradable; que las mujeres bailan, que los hombres fuman beben y cantan, y los caballos galopan. Esto no es la vida, sino el rumor de la vida. Oye Jorge, no me digas nada, te lo suplico. Ni una palabra para disuadirme; nada de consuelos, de juventud, de gloria, de porvenir, de esperanza, nada de consejos ni de reproches, ya sabes que no soy un loco. Lucharé cuanto pueda; aun tengo fuerzas, pero, Dios mío ¿de qué sirve tener fuerza cuando se vuelve contra uno mismo? ¡Nada! ¡Nada! te lo suplico, no me hagas sufrir, no pretendas que vuelva á la vida. Te prometo y te juro luchar, si puedo, no me digas que te escribo en un momento de fiebre ó de delirio y que me calmaré; hace ocho días que aguardo un cuarto de hora de calma, un solo momento para escribirte.

Y en otra parte añade:

He partido y lo he dejado todo; ¿qué tienen que decir? Lo demás es cosa mía. Sería demasiado cruel venir á decir á un desdichado que se muere de amor, que hace mal en morirse. Los toros heridos en la plaza tienen derecho para á tenderse en un rincón con la espada del matador entre los lomos pa-

ramorir en paz. Así pues, te suplico que no me digas una palabra. Escucha: todo esto no hará que te pongas tu traje de viaje, que tomes un cochecillo y que vengas. Por más que mire, heme aquí sentado ante esta mesita en medio de tus cartas con tu retrato que me he traído. Me dices que nos volveremos á ver y que no morirás sin abrazarme. Ves que sufro, lloras conmigo y me dejas abrigar dulces ilusiones. Me hablas de volvernos á encontrar. Todo eso es bueno y dulce, ángel mío... Dios te lo pagará. Pero por más que mire hacia mi puerta ¿vendrás á llamar á ella? No lo creo. No tomarás un pedazo de papel tan grande como la mano para escribir en él: « ¡Ven! » Median entre nosotros no sé qué frases, no sé qué deberes, no sé qué acontecimientos; median ciento cincuenta leguas. Pues bien, todo eso es perfecto; no hay tanto que decir acerca de ello. No puedo vivir sin ti, esto es todo.

Si hubieras querido, hubiera alquilado en los alrededores de Moulins ó de Châteauroux un granero, una mesa y una cama. Me hubiera encerrado allí. Tú hubieras venido á verme una ó dos veces sola á caballo, yo no hubiera visto á nadie y hubiera escrito y horado. Me hubieran creído en Alemania, hubiera pasado allí algunos hermosos momentos. Y creo que tú no hubieras creído hacer traición á nadie.

Oh esposa mía, tengo que pedirte aún algo sin embargo. Sal sola una hermosa tarde al ponerse el sol. Ve al campo, siéntate en la hierba bajo algún sauce verde. Mira hacia occidente y piensa en tu hijo que va á morir. Procura olvidar lo demás: relea mis cartas si las tienes, ó mi librito. Piensa en mí, déjate llevar de tu buen corazón, conságrame una lágrima y después vuelve á tu casa dulcemente, enciende tu lámpara, toma la pluma y consagra una hora á tu pobre amigo. Dame todo lo que guarda para mí tu corazón: procura hacer un esfuerzo.

¡Oh! vida mía, vida mía! Te estrecho contra mi corazón ¡oh Jorge mío! mi hermosa amante, mi primero y mi último amor.

La exaltación va subiendo de punto con la más bella elocuencia amorosa; es una página de admirable lirismo¹.

Jorge Sand y Pagello salieron de Venecia en agosto de 1834 y no debían tardar en separarse agriados y desilusionados.

Jorge Sand y Musset quisieron reanudar su amor, pero no es posible recoger los restos rotos de la dicha. Á fines de 1834, la novela se había convertido en « horrible pesadilla ». Ella escribe á Sainte-Beuve:

Alfredo me ha escrito una cartita bastante afectuosa, arrepintiéndose vivamente de sus violencias. ¡Su corazón se muestra tan bondadoso en todo esto! Yo le he enviado, por toda respuesta, una hojita de mi jardín y él me ha enviado un mechón de sus cabellos que yo le había pedido con grandes instancias en otro tiempo, es decir hace quince días; y todo se ha acabado...

No deseo ya verle de nuevo, pues me hace demasiado daño. Pero necesitaré gran valor para negarle entrevistas, porque me las pedirá. No me ama ya, pero se muestra siempre cariñoso y arrepentido después de la cólera;

1. No hay que olvidar que todo este lirismo, todo este oropel romántico que nada tiene que ver con el verdadero amor, lo prodigaba Musset á todas sus queridas. Léanse, en prueba de ello, las Cartas (publicadas recientemente) que dirigía á su propia cuñada. (N. del T.)